

— No, señor, dijo Mr. Sarranti, y todavía es tiempo.

Napoleón movió la cabeza.

— ¡ Ah ! señor, añadió Mr. Sarranti, veo que no tenéis fe en la Francia.

— Si tal, contestó Napoleón, en lo que no tengo fe es en mi genio.

Y montó en el carruaje cerrando la portezuela en pos de él.

El carruaje partió al galope.

Tratábase de llegar á Versalles antes que los prusianos.

CAPÍTULO IV.

ROCHEFORT.

El 3 de Julio, el mismo día que el enemigo entraba en París, el emperador entraba en Rochefort.

Durante todo el camino Napoleón estuvo triste, pero tranquilo.

• Habló poco.

Algunas palabras que se le habían escapado indicaban la dirección de su pensamiento.

Como la aguja de la brújula persiste en volver siempre hacia el Norte, su pensamiento persistía en volver siempre hacia Francia.

Pero de su mujer y de su hijo ni una palabra.

Sólo de cuando en cuando solía tomar un polvo de rapé en la tabaquera del general Becker.

Al hacer esto vió que aquella tabaquera estaba adornada con un retrato de María Luisa.

Creyó engañarse y se inclinó para verla.

El general comprendió y alargó la tabaquera al emperador.

Éste la tomó, la miró un momento y la devolvió sin decir palabra.

El emperador se apeó en la prefectura marítima.

Una postrera esperanza, mejor diremos, una postrera convicción le quedaba.

La de ser llamado por el gobierno provisional.

Algunas horas después de su llegada, llegó un correo con una carta de la comisión de gobierno.

Estaba dirigida al general Becker.

El emperador dirigió una rápida mirada al sello, que reconoció, y esperó con impaciencia á que el general la abriese.

El general comprendió el deseo del emperador.

La abrió.

En este tiempo el emperador cambiaba una mirada con Mr. Sarranti, que había traído la carta.

En la mirada de Mr. Sarranti estaban escritas visiblemente estas palabras :

— Necesito hablaros.

Pero el pensamiento de Napoleón estaba en otra parte.

Aunque había leído en el pensamiento de su compatriota, su imaginación le llevó hacia el despacho que acababan de traer.

El general lo había leído ya, y viendo el deseo del emperador de leer á su vez, se lo alargó silenciosamente.

Se juzgará por su lectura de si era á propósito para confirmar las esperanzas del que proscrito ya de Francia, iba á ser prisionero.

Hé aquí el texto de este despacho.

« Al general Becker :

» La comisión de gobierno os ha comunicado las instrucciones relativas á la marcha de Francia de *Napoleón Bonaparte*.

» No dudo de vuestro celo para asegurar su ejecución ; pero con objeto de facilitaros en cuanto de mí depende, mando á los generales jefes de la Rochela y Rochefort, que os ayuden y secunden con cuantos medios estén á su alcance las medidas que juzguéis oportuno tomar para ejecutar las órdenes del gobierno.

» Recibid, etc.

» Por el ministro de la Guerra :

» El consejero de Estado, secretario general,

» BARÓN MARCHAND. »

Así que, en el caso de que Napoleón Bonaparte dudara ó se resistiera á ejecutar la orden que le arrojaba de Francia, el general Becker tenía ya el medio de poder cogerlo por el cuello y echarlo fuera quisiera ó no quisiera.

Napoleón dejó caer la cabeza en el pecho.

Pasaron así algunos minutos.

Parecía absorto en una profunda meditación.

Cuando levantó la cabeza, el general Becker había salido para responder á la comisión : sólo Mr Sarranti permanecía en pie delante de él.

— Y bien, ¿ qué quieres aún ? preguntó el emperador con un movimiento de impaciencia.

— En la Malmaison, señor, quise salvar á la Francia ; aquí quiero salvaros á vos.

El emperador se encogió de hombros.

Parecía completamente resignado con su destino

Aquel último despacho acababa de desvanecer sus posturas esperanzas.

— ¡ Salvarme, Sarranti ! dijo, volveremos á hablar de eso en los Estados Unidos.

— Como no llegaréis nunca á los Estados Unidos, señor, hablemos si os parece aquí, si es que hemos de hablar á tiempo.

— ¿ Cómo que no llegaré nunca á los Estados Unidos ? Quién lo impedirá ?

— La escuadra inglesa, que dentro de dos horas bloqueará el puerto de Rochefort.

— ¿ Quién te ha dado esa noticia ?

— El capitán de un brick que acaba de llegar.

— ¿ Puedo hablar á ese capitán ?

— Espera á que V. M. le haga el honor de recibirle.

— ¿ Dónde espera ?

— Aquí, señor.

Y Mr. Sarranti señaló la puerta de su habitación.

— Que entre, dijo el emperador.

— ¿ Desea V. M. hablar á solas y tranquilamente con él ?

— ¿ No soy ya prisionero ? preguntó el emperador con amargura.

— Después de la noticia que acabo de comunicaros, nadie extrañará que V. M. se encierre.

— Echa pues el cerrojo y haz entrar á ese capitán.

Mr. Sarranti obedeció.

Cerrada la puerta, introdujo al que había anunciado.

Era un hombre de cuarenta y seis á cuarenta y ocho años, vestido como un simple marinero y no llevando sobre sí ninguna de las insignias de su grado.

— Y bien, preguntó el emperador á Mr. Sarranti antes de que éste se marchara, ¿ dónde está tu capitán ?

— Soy yo, señor, respondió el recién venido.

— ¿Por qué no lleváis el uniforme de los oficiales de marina?

— Porque no soy oficial de marina, señor.

— ¿Quién sois, pues?

— Soy un corsario.

El emperador le miró rápidamente y con cierto desdén, pero apenas le hubo mirado, su vista se paró clara y brillante sobre su rostro.

— ¡ Ah ! dijo, no es la primera vez que nos vemos.

— No, señor, es la tercera.

— La primera...

Y se puso á recordar un momento.

— La primera, replicó el marino ayudando la memoria del emperador.

— Dejad que recuerde, dijo Napoleón; formáis parte de mis buenos recuerdos y me place volver á encontrar mis antiguos conocidos: la primera era en 1800: quise haceros capitán de navio y rehusásteis.

— Es verdad, señor; he preferido siempre á todo mi libertad.

La segunda vez fué á mi vuelta de la isla de Elba: había hecho un llamamiento al patriotismo nacional: me ofrecisteis tres millones y acepté.

— Es decir, señor, que en cambio de aquel dinero, del que no sabía qué hacer, me disteis acciones de canales y algunas licencias para cortas de bosques.

— En fin, vuelvo á veros hoy por la tercera vez, y como siempre en un momento supremo. ¿Qué me queréis esta vez, capitán Pedro Herbel?

El capitán se estremeció de alegría.

El emperador lo recordaba todo, hasta su nombre

— ¿Qué quiero, señor? Quiero ver si puedo salvaros.

— Decid primero qué peligro me amenaza.

— El de ser cogido por los ingleses.

— ¿Es decir que Mr. Sarranti decía la verdad? ¿Está bloqueado el puerto de Rochefort?

— Todavía no, pero dentro de una hora lo estará.

El emperador se quedó por un momento pensativo.

— Espero de un momento á otro los salvoconductos.

Herbel movió la cabeza.

— ¿No creéis que los reciba?

— No, señor.

— ¿Qué intenciones creéis pues que sean las de los soberanos aliados.

— Las de haceros prisionero, señor.

— Pero yo también los he tenido en mis manos y les he devuelto su trono.

— Tal vez hicisteis mal, señor.

— ¿Y venis solamente á advertirme del peligro?

— Vengo á poner mi vida á disposición de V. M. si mi vida puede serle útil.

El emperador miró á aquel hombre que hablaba con tal sencillez, que se conocía á la simple vista que estaba pronto á cumplir lo que ofrecía.

— Creía, dijo el emperador, que erais republicano.

— Y lo soy en efecto, señor.

— ¿Cómo no sois pues enemigo mio?

— Porque antes que todo soy francés.

El emperador calló.

Pedro Herbel prosiguió después de un breve silencio.

— ¡ Oh ! sí, señor; siento en lo más profundo de mi corazón que como Washington no hayáis devuelto á la nación el depósito de sus libertades; pero al menos, si no

habéis hecho libre á la Francia, la habéis hecho grande y feliz; hé aquí por lo que vengo á deciros: dichoso y en el pináculo de las glorias, jamás os hubiérais acordado de mí.

— Y desgraciado hasta el colmo del infortunio, después de haberme ofrecido vuestra fortuna, venís á ofrecerme vuestra vida. Dadme vuestra mano, capitán Herbel, porque en cambio de tanta abnegación, nada puedo yo ofrecer más que mi gratitud.

— ¿Aceptáis mi oferta, señor?

— Sí, pero ¿qué venís á ofrecerme?

— Tres cosas, señor.

¿Queréis marchar sobre París por el Loire? El ejército de la Vendée, á las órdenes del general Lamarque, y el ejército de la Gironda, á las órdenes del general Clausel, están á vuestra disposición. Nada más fácil que declarar traidor al gobierno provisional y marchar contra él al frente de veinticinco mil soldados y cien mil paisanos fanatizados.

— Sería una segunda vuelta de la isla de Elba, y no quiero copiarle. Además, estoy cansado, deseo descansar y ver, cuando yo no esté ya aquí, qué es lo que el mundo pone en mi lugar.

Pasemos á la segunda cosa que venís á ofrecerme.

— Señor, un hombre de que respondo como de mí mismo, Pedro Berthaut, mi segundo, está con una corbeta en la embocadura de la Sendra montáis á caballo, atravesáis los arenales, os embarcáis en un falucho, salís por el paso de Maumanón, escapáis de los ingleses, y os acogéis en alta mar al buque anglo-americano el *Águila*. Ya veis que el nombre es de buen augurio.

— Eso es huir, huir como un culpable que escapa, y

no salir de Francia como un emperador que desciende de un trono.

— Hé aquí el tercer medio.

— Veámoslo.

— Es más peligroso, pero respondo de él.

— Hablad.

— Dos fragatas francesas, la *Saule* y la *Medusa*, ancladas bajo la protección de las baterías de la isla de Aix, han sido puestas á disposición de V. M. por el gobierno provisional.

— Sí, pero el puerto está bloqueado.

— Aguardad, señor, conozco á los comandantes de estas fragatas, dos valientes oficiales, el capitán Philibert, y el capitán Ponet.

— ¿Y bien?

— Escoged la fragata que queráis montar. La *Medusa* es la más velera. La escuadra de bloqueo se compone de dos navíos, el *Bellerophon*, de setenta y cuatro, y el *Superbe* de ochenta. Yo abordo el *Bellerophon* con mi brick y el capitán Philibert con su fragata el *Superbe*. Tardarán en echarnos á pique una hora por lo menos; en este tiempo pasáis con la *Medusa*, y esta vez no como fugitivo, sino como vencedor, bajo un arco triunfal de llamas y fuego.

— Y tendré que echarme en cara la pérdida de dos buques y dos tripulaciones, caballero. Jamás.

El capitán Herbel le miró admirado.

¡Y el Beresina, señor! ¡Y Leipsick! ¡Y Waterloo, señor!

— Era por la Francia, y por la Francia tenía derecho de derramar sangre francesa. Esta sería por mí, sólo por mí.

Napoleón movió la cabeza.

• Después, con más firmeza aún que la primera vez, repitió esta palabra :

— ¡ Nunca !

El 15 del mismo mes escribía al príncipe regente aquella famosa carta que ha llegado á ver fatalmente la historia.

« Serenísimo señor :

» Para poner un término á los desastres de mi país y á su enemistad con las grandes potencias europeas, termino mi carrera política y vengo, como Temistocles, á acogerme á la hospitalidad de la nación inglesa. Me pongo bajo la protección de sus leyes que reclamo de V. A. R. como el más poderoso, el más constante y el más generoso de mis enemigos.

» NAPOLEÓN. »

Al siguiente día, 15 de Julio, el emperador se embarcaba á bordo del *Bellerophon*.

El 15 de Octubre desembarcaba en Santa Helena.

Al poner el pie en la isla maldita, se apoyó en el brazo de Mr. Sarranti, y acercándose á él le dijo al oído :

— ¡ Oh ! ; cuánto siento no haber aceptado las proposiciones del capitán Herbel !

FIN DEL TOMO SÉPTIMO

ÍNDICE.

CONTINUACIÓN DEL LIBRO DÉCIMONOVO.

	Pág.
CAPÍTULO VIII. — La mañana de un mandadero . . .	5
CAP. IX. — La mañana de un mandadero (continuación) . . .	9
CAP. X. — La mañana de un mandadero (continuación) . . .	16
CAP. XI. — La noche de un mandadero . . .	23
CAP. XII. — La noche de un mandadero (continuación) . . .	50
CAP. XIII. — La noche de un mandadero (continuación) . . .	57
CAP. XIV. — La noche de un mandadero (continuación) . . .	42

LIBRO VIGÉSIMO.

CAPÍTULO PRIMERO. — La noche de un mandadero (continuación) . . .	47
CAP. II. — La noche de un mandadero (continuación) . . .	52
CAP. III. — La noche de un mandadero (continuación) . . .	58
CAP. IV. — Discusión á propósito de un hombre y de un caballo . . .	64
CAP. V. — En donde Mr. de Valgeneuse es quien pelagra y Juan Taureau el que tiene miedo . . .	69
CAP. VI. — El vino duro . . .	74
CAP. VII. — En el que Mr. de Valgeneuse declara formalmente que no sabe ni cantar ni bailar . . .	79
CAP. VIII. — En el que Juan Taureau y Toussaint Louverture hallan ocasión de hacer su fortuna y no la aprovechan . . .	85
CAP. IX. — En el que la amenaza no surte mejor efecto que la seducción . . .	95
CAP. X. — En el que los dos primos se reconocen definitivamente . . .	100
CAP. XI. — Donde se comienza á ver un poco más claro en la vida de Salvador . . .	106
CAP. XII. — De cómo Mr. Conrado de Valgeneuse conoció que su verdadera vocación era la de ser mandadero . . .	111
CAP. XIII. — El suicidio . . .	116

LIBRO VIGÉSIMOPRIMERO

CAPÍTULO PRIMERO. — En que el autor pide perdón al lector por obligarle á hacer conocimiento con un nuevo personaje . . .	125
CAP. II. — Donde se verá que la mejor educación puede echar á perder los mejores caracteres.	151